

REBELDIA E INDEPENDENCIA EN EL PERU A TRAVES DE LAS TRADICIONES DE PALMA

Por Augusto Tamayo Vargas

Es éste nuestro día de la Academia Peruana de la Lengua. Porque, a más de instituirse en el artículo 26º de nuestros Estatutos que el 23 de abril habrá sesión especial pública como fecha oficial del idioma, hoy celebramos a nuestro primer gran valor literario: el Inca Garcilaso de la Vega. Ya el Director, Aurelio Miró Quesada Sosa, al conmemorarse el 80º aniversario de nuestra Academia habló que “los dos penates tutelares” de aquélla eran Miguel de Cervantes Saavedra, cumbre de la lengua de España” y “el Inca Garcilaso de la Vega, el representante más insigne de la cultura del Perú”. Ambos murieron en un día como hoy.

A ellos se ha sumado siempre el homenaje rendido a Ricardo Palma, “como forjador de la peruanidad en el país y como gonfalonero de la fama y de la tradición cultural del Perú en el extranjero”, diría también Miró Quesada Sosa.

Habría que completar el cuadro de nuestros patronos,

(Discurso de orden pronunciado en la sesión pública realizada en la Casa de la Cultura el 23 de abril de 1971, con motivo del Día del Idioma).

por la honda renovación que significa en la lengua y la literatura, César Vallejo, cuya muerte acaeció un 15 de abril. Ya señalamos en un para nosotros querido artículo: "Abril en la literatura del Perú", cómo se vinculaban a este mes aniversario —a más de Garcilaso y Vallejo— figuras peruanas tan significativas como Eguren, Valdelomar, Mariátegui y Carlos Augusto Salaverry.

En el día de la Academia Peruana de la Lengua y en el año de 1971 en que se celebra el Sesquicentenario de la Independencia del Perú es justo que unamos esta efemérides con Ricardo Palma, por dos veces incitador de la vida de esta Institución y auténtico exponente de lo que representa un académico, sin academismo a que me refiriera en el discurso de mi recepción: "No el que repite formas y se contenta con mantener en un círculo el macilento lenguaje cuyas células se mueren con el tiempo, sino el que tiende a que se vigorice la expresión, que conserve sí el canal de la comunicación limpio de desordenados giros y de vacilantes eufemismos y que aplique con sabia discreción, pero con segura energía, los vocablos que se requieran, dentro de aquella máxima horaciana; "el uso, legislador y norma del lenguaje".

Precisamente fue Ricardo Palma un vivificador del lenguaje y un animador del uso popular del mismo, sin desprenderse de su trayectoria histórica —en proceso constante— para una efectiva relación —plenamente inteligible— entre pueblos que deben mantener su comunidad cultural. Bajo la sombra de Ricardo Palma —o para mejor decir: de su expresión literaria— recordemos y celebremos los hechos de nuestra rebeldía americana y de nuestra independencia política con el idioma que nos une, con el lenguaje que nos ha dado una fisonomía, pero a la vez con la forma peruanísima de Palma. Una figura para un acontecimiento. Un escritor y su obra para recordar las jornadas de la emancipación política.

Si Ricardo Palma es tal vez la figura representativa de la literatura peruana del siglo XIX, la “tradición peruana” es la más original creación nuestra en la pasada centuria. Porque si bien Palma seguía la corriente romántica de leyendas y tradiciones, dió a las obras suyas una forma especial, única, en la que se mezcló a la “historia poetizada”, la prosa de ficción, las “telarañas de su ingenio”, —que diría Porras Barrenechea— con un reguste en el lenguaje hispano-criollo-peruano.

El recuerdo popular del hecho histórico, que asoma en cada tradición, está envuelto en cantares, refranes, dichos comunes, retruécanos y su estilo adquiere, así el encantamiento del creador literario y el recurso coloquial y dramático del habla popular, de lo que hablaron las viejas en la cocina, lo que murmuraron los hombres por las calles, lo que chismearon las señoras en los salones. Tenemos que repetir lo que ya se ha dicho tantas veces —por nosotros inclusive— que con las “tradiciones peruanas” de Palma se puede hacer la historia caliente, viva, de nuestro país. Por lo menos, un segmento fundamental de lo que es la historia en la re-creación del pasado; hacer revivir la atmósfera impalpable de cada época en el proceso cultural de un pueblo. Y esto no es “pasadismo”, como se desprende de ciertas equívocas interpretaciones. Ni su exposición resulta frenadora del proceso social. Por el contrario, es el producto de un hábil escritor liberal y profundamente compenetrado con su tiempo, como puede apreciarse en su crítica del presente, sin mengua de burla del pasado, que han reconocido críticos de valía, incluyendo a José Carlos Mariátegui quien muestra la obra de Palma como resultado de su posición de agudo analizador de una cultura en calidad de hombre de clase media del país.

Por ello, alguna vez nos servimos de Palma para hacer una historia de Lima. Hoy utilizaremos sus “tradi-

ciones” para apreciar el fenómeno político-cultural que lleva a la rebelión y, luego, a la lucha concreta por la Independencia del Perú que se produce a lo largo del siglo XVIII y en las tres primeras décadas del XIX.

Por 1720, en el Virreynato del Perú se escriben “redondillas” en los salones virreynales, y se repiten composiciones intrascendentes, loas y panegíricos, que forman un ancho capítulo de nuestra literatura colonial. Pero ya los viajeros franceses y españoles comienzan a mostrar en escuetas memorias el panorama de nuestras ciudades y a hincar sus garras en la sociedad de entonces, mientras la minuciosidad y deslumbramiento de los científicos presentan al mundo los variados aspectos de nuestra “vida natural”. Las citas de investigaciones y de viajeros dan una nueva nota y avivan la inquietud; en tanto crece el descontento, primero en los criollos, después en los mestizos y renace la vena popular en medio de la descomposición virreynal.

Los viajeros franceses Frezier, Fouillé, La Condamine, al lado del dato científico, estampan observaciones de crítica social, exagerando muchas veces las notas poco edificantes de la sociedad peruana. Los viajeros españoles Juan y Ulloa “renovarán con su espíritu minucioso y descriptivo —dice Porras Barrenechea— las observaciones físicas y sociales de los antiguos cronistas, pero uniendo a sus observaciones de historia natural el espíritu crítico y la filosofía de su época. *El Viaje a la América Meridional* de Juan y Ulloa —continúa— tiene para el Perú del siglo XVIII, el mismo valor histórico y geográfico que la crónica de Cieza en el siglo XVI o *El Perú* de Raimondi en el siglo XIX”. En estos viajeros se esboza ya la protesta, después del cuadro sombrío de las instituciones coloniales que ellos exponen. La sociedad virreynal se resquebraja por variados motivos económicos y sociales. El testimonio de viajeros y observadores es elocuente.

Bajo el Gobierno del Virrey José de Armendáriz, Marqués de Castelfuerte, nos encontramos frente a manifestaciones precisas de esa larga crisis colonial. El ambiente de aquella época de perturbaciones locales; de la Rebelión de Antequera en el Paraguay y de los sucesos de Cochabamba, motivos de grave preocupación para el Virrey, están reflejados en tres tradiciones de la época: “Mosquita Muerta”, “Pepe Bandos” y “Capricho de Limeña”.

En “Mosquita Muerta”, perteneciente a la Cuarta Serie de las *Tradiciones Peruanas*, de 1878, se aprecia, a través de una literatura mural, un enfrentamiento entre el gobernante y el pueblo. El virreynato de Castelfuerte —hombre oscilante entre una diplomática conciliación de intereses y una severa y terca mano de ejecutante implacable— queda marcado a través de aquellas inscripciones que, reales o supuestas, aparecen en tres tiempos en aquella tradición: “Aquí se amansan leones” — “Cuando los cogen cachorros”; “Este carnero no topa”.— “A su tiempo topara”; y “Este gallo ya no canta // se le secó la garganta”.— “Paciencia, ya cantará // y a muchos les pesará”... Si bien en gobiernos como en el de La Palata o en el Alba de Liste hubo disturbios entre la autoridad política y los religiosos o la Real Audiencia; o bochinchas circunstanciales, en el de Armendáriz hay manifiesto descontento popular y la cabal expresión de insurgimiento con la citada rebelión de Antequera, su derrota y posterior ejecución en Lima, donde el pueblo —que había tomado a aquél por su primer héroe americano— trata de impedir su muerte y las fuerzas virreynales tienen que cargar contra la población semi-alzada. Esta atmósfera cargada de interiores resistencias contra el virrey —a quien se enderezan duros epítetos en las coplas pasquinescas y en el poema satírico “El sueño”— se percibe en la otra tradición mencionada “Pepe Bandos”, donde se hace una historia del gobierno de Castelfuerte, culminando con la

sedición en Cochabamba del platero Alejo Calatayud, quien fue a la horca con cincuenta de sus compañeros, al decir de esta “tradición”, que Palma publicara en su Segunda Serie —superado el plan romántico de la primera— en 1874. Los “bandos” que hacen célebre a Castelfuerte le servirán a Palma para una crítica a la publicación de edictos o disposiciones que no se cumplen —o cumplían— por las autoridades republicanas.

El tercer caso vinculado a esta época “Capricho de limeña”, —típica tradición palmista de la Tercera Serie— nos presenta entre otras dificultades del gobierno de Armendáriz, el de cumplir el derecho de asilo, que tenían como fuero determinadas casas de familias nobiliarias de España. En época inquieta, como la de Armendáriz, el buscar refugio, al amparo de un derecho tal, resultaría caso frecuente y esta tradición es un ejemplo de ello. Pero, también, del atropello indirecto por el Virrey de tal fuero, que hace recordar a Palma el incumplimiento de los derechos individuales de la Constitución por los gobiernos fuertes; y cita el caso de uno —posiblemente en tiempos de Castilla— cuando ante la protesta del ciudadano que se opone al registro de su casa, a altas horas de la noche, el “esbirro” contestará: —“Constitución y ¿a estas horas? ¡Que lo amarren al señor!”... ¹

El terremoto de 1746, arrasa el Callao y destruye Lima, con consiguientes horas de terror, de enfermedad y de hambre. Indios y mestizos conjuran contra el Virreynato para una asonada que debía cumplirse, para el 28 de Setiembre de 1749, en la Pampa de Amancaes; y luego, sediciosos fracasantes de aquella conspiración impulsada por el hambre, organizan bandas que el Virrey de Superunda

1 NOTA. Se señala la Serie a que pertenece cada tradición para un planteamiento del estilo o carácter que puede acompañar cada una de las épocas de publicación.

persigue y destroza, para ejecutar posteriormente en Lima a los cabecillas.

En "Conversión de un libertino", Palma nos ofrece en su Tercera Serie un fresco del siniestro de 1746, con aquella introducción de una copla popular: "Un faldellín he de hacerme // de balleta de un temblor, // con un lebrero que diga: // ¡misericordia, Señor!"... Tendremos como centro de la misma, una jarana en el Callao interrumpida por el maremoto que produce el sismo, cuando la gente animada cantaba aquello de:

"Levántamelo, María;
levántamelo, José;
si no me lo levantas,
yo me lo levantaré.
¡Que se quema el *sango*!
¡No se quemará,
pues vendrán las olas
y lo apagarán!"...

Pero es en "El castigo de un traïdor", de la Séptima Serie, donde se desarrolla propiamente la referida conjura de indios y mestizos, convertida en cuadro novelable: "Hermanos: —decía en una reunión misteriosa un hombre en quechua— hace cinco meses que en Amancaes proclamastéis por Inca del Perú a mi padre muy amado el noble curaca Chonqui", etc. Y líneas adelante se expresa que en el entierro en San Lázaro, el hijo de *Chonqui* daba esta consigna: "Ten presente, hermano, el día de San Miguel Arcángel. Perseverancia y fe. Hasta entonces"... A continuación, Palma entra en los detalles de esa conspiración —de la que hablan asimismo varios romances de la época— que pasa más tarde a hechos de armas con el triunfo del Marqués de Monterrico en Huarochirí. La familia de Juan Santos es la que aparece al frente de la revuelta, en la

que intervienen también Ciriaco Flores, Jorge Gobeá... y más tarde en la región, Felipe Túpac Amaru.

El Gobierno de Virrey Manuel Amat —continuador del anterior de Superunda— centralizará, por un lado, la acción reconstructora de Lima —es el gran Alcalde de la ciudad—, pero también el odio popular por sus imposiciones para el trabajo gratuito de los artesanos y trabajadores en pro de la capital, por sus impuestos, por el supuesto aprovechamiento económico personal y por la expulsión de los jesuitas, quienes habrán de organizar, desde entonces, diversos medios de ataque y desquiciamiento del poder real, que culminan en la extraordinaria *Carta a los Españoles Americanos* de Viscardo y Guzmán. Es motivo, también, de ataque panfletario, el escándalo de sus amores y en particular el más destacado de ellos: el de la actriz Micaela Villegas, la Perricholi. Palma recoge mayormente de *El drama de los palanganas* —de Ruiz Cano— las diatribas contra Amat y “la Mica”, pero también de diferentes documentos y aun de citas populares, como aquélla que inserta en la tradición, “De esta capa nadie escapa”: “Juh! Juh! Juh! // Ya se te acabó el Perú”... que el Virrey, a la manera del de Castelfuerte, contesta con: “¡Jih Jih! Jih! // Cinco millones me llevo de aquí”. Es en “Rudamente, Pulidamente, Mañosamente”, de la Segunda Serie de las *Tradiciones Peruanas*, donde encontraremos el perfil del gobierno de Amat; y como motivo central el amotinamiento de la tripulación de navíos surtos en el Callao, al grito de “Viva el Rey y muera su mal gobierno!” y la muerte de los oficiales cabecillas; y también, en esta larga encadenación de hechos, el ahorcamiento de oficiales y soldados acusados de robo, junto con sus queridas y mancebas. En “Genialidades de la Perricholi”, de la Sexta Serie, se ve más detenidamente a ésta, sus vinculaciones con Amat y la expulsión de los jesuitas, pero también y muy despaciosamente el problema de la defraudación del Tesoro Pú-

blico por Amat y las funestas consecuencias para la economía del Vreynato.

En la tradición "Los argumentos del Corregidor" nos hallamos en los prolegómenos de la Revolución de Tupac Amaru. La tarea "impositiva" de José Antonio Areche enviado especial por Carlos III para una política fiscal, surge entre la pícara intención de Palma. "Parece que una mañana se levantó Carlos III con humor de suegra", comienza diciéndonos en esa tradición de la Tercera Serie. Poniéndose en presente, Palma se refiere a un municipio de su tiempo que estableció contribuciones hasta por los perros. También habla de la persecución realizada por Areche contra los malos funcionarios defraudadores, pero de la que él mismo no salió muy limpiamente, —como suele suceder, sería la moraleja— al señalar Palma que el Rey lo destituyó, le confiscó su hacienda y lo condenó a vivir en Madrid. En "El Resucitado" Palma da otra variante del Visitador Areche: "la verdadera misión del enviado regio, era la de exprimir la naranja hasta dejarla sin jugo. Areche elevó la contribución de indígenas a un millón de pesos; creó la junta de diezmos; los estancos y alcabalas dieron pingües rendimientos; abrumó de impuestos y socaliñas a los comerciantes y mineros, y tanto ajustó la cuerda que en Huaraz, Lambayeque, Huánuco, Pasco, Huancavelica, Moquegua y otros lugares estallaron sendos desórdenes". Allí aparece el problema de los aduaneros. La leyenda dice que en Arequipa los chicos mataron en sus juegos a uno que hacía de aduanero. En el Cusco se produjo un prelevantamiento que llevó al cadalso a don Lorenzo Farfán y otros. La revolución de Tupac Amaru se presenta allí como lógica consecuencia.

Encadenaríamos aquellas tradiciones con "El Corregidor de Tinta", que produjera en sus primeros tiempos Palma —2da. Serie— donde tenemos el ajusticiamiento del Corregidor Antonio de Arriaga, en Tinta, por orden de

José Gabriel Tupac Amaru, Cacique de la región, quien se proclama Inca del "Perú, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y Continente de los Mares del Sur", según lo que se pone en boca del pregonero en el relato.

La acción rebelde de Tupac Amaru se cruza en la tradición con la llegada del Virrey Jáuregui, quien ordenará la tremenda ejecución de Tupac Amaru, con quien ejercieron —según Palma— "los más bárbaros horrores". Del suplicio también sufrirán Micaela Bastida, la esposa del Cacique, y numerosos familiares. El sabor novelesco de esta historia, germinadora del espíritu revolucionario aun en los criollos nobles de Lima como Baquíjano y Carrillo, está en el envenenamiento del Virrey Jáuregui, en 1784. Palma epiloga: "Así vengaron los indios la muerte de Tupac Amaru".

Para la misma época y ambiente antiaduanero, Palma dedica la tradición: "Los pasquines de Yauli" de la Séptima Serie, donde sus traiciones toman un mayor sentido crítico. El 25 de Diciembre de 1780 —cuenta— apareció un pasquín en la Iglesia de San Antonio de Yauli: "Sepan todos los agraviados de las alcabalas y de los nuevos impuestos cómo el Señor Emperador Tupac Amaru nos tiene notificados a todos sus amigos de esta provincia de Guarochirí como tenemos armas en las pascanas de Chicoxira... Valor amigos, y ¿quién sabe?"... Un espíritu de rebelión parece vivir latente en esa zona —que habrá de ser importante centro de operaciones montoneras— desde la época de los amotinados de Amancaes de 1749; y Palma añade que hubo muchos otros pasquines anteriores; entre ellos uno que rezaba así: "De tripas de negritos // haremos cuerdas, // para mandar chapetones // a la m."..., atribuido a una muchacha apodada "La Coquerita" que era de las pocas que sabían leer y escribir en Yauli. De las instructivas tomadas entonces resultaba culpable del pasquín citado en primer término un muchacho de Lima, expó-

sito, ex-estudiante de sacerdocio enamorado de “La Coquerita” llamado Pepe Alarcón, hasta que se descubrió la autoría de tres indios cabecillas de motín, vinculados a la acción que en el Cusco desarrollaba José Gabriel Tupac Amaru.

Los pasquines que corrieron por entonces en el Virreynato del Perú volverían a recorrer nuestro país, cuando se inicia la etapa de la Independencia, superado el momento fidelista, desde 1814 en adelante.

En la Segunda Serie aparecerá una tradición de las más conocidas de Palma: “La gatita de Marí Ramos”, (“que halaga con la cola y araña con las manos”). Sirve de escenario a la narración, el Gobierno del Virrey de Croix, en cuyas tertulias figuran Unanue, el P. (mercedario) Calatayud —a quien los carolinos tuvieron por maestro de ideas reformistas, liberales—, el P. Rodríguez de Mendoza, Rector “por treinta años” del Colegio de San Carlos, donde se forja la generación de la Independencia: Sánchez Carrión, Mariátegui, Tudela, etc. En la tradición se menciona al religioso agustino Juan Alcedo como autor de una sátira sobre la conducta de los españoles en América, quien por este motivo fue desterrado “a la metrópoli para escarmiento de frailes murmuradores y de poetas de aguachirle”. Aquello está como en paréntesis entre el extenso y agradable relato de esa tradición amorosa, clave en cuanto al estudio literario de Palma. A continuación de ella figura otra, “Pancho Sales, el Verdugo” donde nuevamente vemos a los intelectuales precursores de la emancipación en su tarea de definir el Perú a través de las páginas de *El Mercurio Peruano*, en la época de Gil de Taiboada Lemus. Palma recoge la fundación de *El diario erudito*, el 1º de Octubre de 1792; y, luego, la de aquella revista, así como de la edición de *La guía de forasteros* de Unanue, de 1793. Sería de interés tomar de esta tradición el hecho que a partir del 9 de Diciembre de 1824

quedó vacante el cargo de verdugo que se mantuvo a través del período virreynal. Unido a estas tradiciones —en las que aparecen hombres de pensamiento, sobre los que pesa el enciclopedismo y por lo tanto un sentido liberal de la organización de los pueblos— tendríamos el recuerdo propio de Palma del Convictorio de San Carlos, centro de formación de talentos próceres, de figuras intelectuales que dirigirán el pensamiento libertario. Ese recuerdo se hace a través de “Los escrúpulos de Helicarnaso”, en la Sexta Serie.

Diversas pequeñas notas se vinculan a los momentos preliminares a la gesta de la independencia. En “Predestinación” de la Primera Serie, que apareciera en 1872, vemos a Juan Bautista de Lavalle elegido por primera vez en votación popular Alcalde de Lima con la Constitución de Cádiz de 1812. “Cosas tiene el rey cristiano que parecen de pagano” nos ofrece la vida del Conde de la Vega del Ren, activo participante de los actos preparatorios al juramento de la Independencia en Lima, quien fuera conspirador liberal, por sobre su condición nobiliaria, y de quien se afirma llegó a decir en la Plaza de Toros de Acho: “Obedezca usía, que se lo manda el *soberano pueblo*”. Cuando se suprimen los títulos nobiliarios en épocas del Libertador Bolívar, el Conde de la Vega del Ren se apartará “desencantado de la patria, de los patriotas y los patrioterros”, dirá Palma en la citada tradición de la Sexta Serie. Pero, particularmente, por la pérdida de su privilegio social.

Tal vez si sólo tenga valor anecdótico, pero nos sirve para encontrar la pista de O’Higgins, de Lord Cóchrane, de Stevenson, secretario de ese marino inglés, etc., la tradición “De menos hizo Dios a Cañete”, donde descubrimos que el Virrey inglés Ambrosio O’Higgins, padre del prócer chileno, y el Arzobispo Juan Domingo González de la Reguera, fueron condueños en Lima, antes de llegar a esos

altos cargos, de una tienda en la esquina de la calle Judíos frente al Portal de Botoneros. Se publicó en la Séptima Serie. Por la misma calle de Judíos aparece como tendero otro personaje con quien Palma vincula una anécdota con la cultura de la emancipación: "Don Tadeo López, el condecorado", politiquero "de puerta de café", quien citaba a revolucionarios franceses y a enciclopedistas y que pronunciara algunas palabras en homenaje a Baquíjano y Carrillo, en 1813, por haber sido nombrado Consejero de Gobierno. Tadeo López soportó la cólera del Virrey Abascal por haber publicado *El Peruano Liberal* con un artículo de un estudiante de San Carlos en que se hablaba de autonomía, de pueblo soberano, de cadenas y "de águila caudal del pensamiento, y de Roma, y de Esparta, y del Buitre de Prometeo, y mucho de repiquetear nombres y símiles mitológicos, y aquello de las furias // del león ibero y de las tres centurias"... , pone Palma burlándose del dejo declamatorio y demagógico, "pirotecnia patrioter", añade. Mendiburu le da pie para asegurar históricamente la figura de ese inventor de la "fundición de tipos para imprenta", que produjera "justo enojo" del Virrey Abascal, y la supresión por éste de la medalla que le había otorgado el Cabildo por su obra creadora.

Por aquellos tiempos a pesar del movimiento liberal que ya se producía en España, fue ejecutado en 1810 en La Paz, el caudillo liberal Pedro Domingo Murillo, con ocho compañeros más por rebelión contra el Gobierno metropolitano. El tema le sirve a Palma para "El Corpus triste de 1812", donde se consignan las palabras de aquel prócer: "Compatriotas, la hoguera que he encendido no la apagarán ya los españoles... ¡Viva la libertad!". Goyeneche, enviado como pacificador del Alto Perú, va a destruir los focos de insurrección de esa zona, culminando su acción con la entrada y saqueo de Cochabamba, por lo que Palma termina la tradición, que está ya en la Novena

Serie, mezclada a los artículos históricos, con estas palabras: "Así festejó don José Manuel de Goyeneche, primer Conde de Guaqui, el Corpus Christi de 1812".

A la obra de un precursor peruano de la independencia de México y de Hispanoamérica, en general, se dedica tributo en las tradiciones de la última época, a Fray Melchor de Talamantes. El Padre Talamantes era figura hasta entonces más o menos desconocida y trataba Palma de difundirla en su país, ya que el pueblo de México si le rendía especial tributo de admiración por sus escritos precursores sobre Texas —que había que defender de la expansión de los Estados Unidos—; por su Constitución para los pueblos Americanos, en otro anteproyecto de confederación de nuestros pueblos; y, en general, por su obra de inmoción a la causa emancipadora. En verdad no se trata de una tradición sino de un artículo a guisa de comentario de la obra del escritor mexicano Manuel Puga Alcalá: *Primeros Mártires de la Independencia*. Está entre las últimas obras de Palma y colocada en la Décima Serie.

Como se sabe la vigorosa tarea del P. Talamantes no fue la suficientemente difundida a pesar del empeño de Palma. Nuestra compatriota Emilia Romero recogió material sobre él y a lo largo de las últimas décadas muchos nos hemos empeñado en colocar su nombre entre las figuras fundamentales de la Independencia, concebida como obra global de Hispanoamérica.

Estamos pues, ya ante el momento mismo de aquélla. Para el Perú las sublevaciones o conspiraciones bajo el signo criollo de Libertad e Independencia, con los términos de patria y localización regional, se inician con la fracasada revuelta de Aguilar y Ubalde en el Cusco, en 1805. Ricardo Palma se refiere a Gabriel Aguilar en *Loco o Patriota*, con cierta ligereza en el trato del personaje, quien aparece allí componiendo algunos poemas de escaso valor literario. Esteban Pavletich ha realizado un minucioso es-

tudio de Aguilar, con una medida diferente. "Loco o Patriota" está entre las tradiciones consideradas en la Octava Serie de 1891, cuando Palma escribiría su despedida. "Esta vez va de veras, lectores míos. // No está el tradicionista para más líos, // y eso que de su numen o su meollo // no se ha agotado el jugo para el embrollo. No son paja picada ni cañamones // ocho series o tomos de Tradiciones".

Una de las tradiciones más ricas en detalle y variedad de circunstancias es la referente a Abascal y que lleva el título de "El virrey de la adivinanza". No deja de mostrar Palma aquí el desenfado que le es característico. Abascal le resulta simpático y nos lo presenta así a través de una biografía que se ve engalanada con la punta de ficción que el tradicionista emplea. Aquí tenemos, por ejemplo, aquella improvisada acción del monarca de hacer jefe de regimiento al hasta entonces capitán José Fernando de Abascal, después de verlo adiestrar a un grupo de soldados. Desde allí, hasta Virrey del Perú y Marqués de la Concordia no parará. Años los de su Gobierno donde se hace fuerte el poder español virreynal en el Perú —aun cumpliendo con la Constitución de Cádiz— mientras se debilita sensiblemente en la mayoría de los países hispanoamericanos; pero también vemos como, gastado su poder, tiene que entregarlo al General Pezuela. El acertijo o adivinanza que Abascal debe absolver es aquél que el P. Molero, de los agustinos, le propone al entregarle tres bolsitas conteniendo cada una distinta especie: "Sal-Habas-Cal"... Palma cumple también en esta tradición con una de sus más frecuentes propósitos: jugar con el lenguaje, como en "la almilla" de "Dimas de la Tijereta" o "Las tres etcéteras del Libertador". La tradición "El virrey de la adivinanza" corresponde a la Segunda Serie y puede completarse con la ya citada "De esta capa nadie escapa", donde vemos el autoritarismo de Abascal pero también la literatura pasquines-

ca como signo de una época. Esta tradición vino a aparecer en la Sexta Serie que la prologó con el repetido poema: "Sinfonía a toda orquesta", firmado en Miraflores en 1880 — que comienza con aquellos versos: "De cuanto y cuanto apolillado infolio // pude hacer monopolio // (afición y tarea de verdugo) // he sacado ya jugo"... En parte central dirá: "¿Los vivientes de ayer fueron mejores // que los de hoy? —No, señores. // El hombre es siempre el mismo: cambia el traje // pero no de pelaje"... Y decide dejar —en una de tantas veces— de escribir "tradiciones". En aquel momento con evidente imperativo, ante la iniciación de la desgracia nacional.

En "El Obispo de los Retruécanos" y en "Asunto concluído" Palma se referirá a la Rebelión de Pumacahua y los Angulo con el triunfo en Picoaga y el desastre en Humachiri. En la primera —que va inserta en la Sexta Serie— pondrá al Obispo del Cusco, Pérez Armendáriz, haciendo pública ostentación de su simpatía por la causa patriota: "Dios sobre las causas que protege, pone una mano; pero en favor de la proclamada por el Cuzco¹ ha puesto las dos". En la segunda expresa que aquella revolución debió acelerar la Independencia del Perú; y tiene por motivo central el triunfo del Cura Muñecas en La Paz y la ejecución en la horca del Marqués de Valdehoyos, quien habría expresado —a pesar de la Constitución de Cádiz— lo que más tarde diría Fernando VII para mal de sus culpas y pérdida de las colonias americanas: "Yo soy aquí la Constitución, yo soy todo y ... *asunto concluído*". Sobre su cadáver, en el poste donde pendía, se había colocado un letrero con aquella frase. Igual pudo colocarse sobre el retrato del monarca, después de la Batalla de Ayacucho: "Asunto concluído". Tema es éste para la épo-

1 Nota. Se transcribe la ortografía de Palma, porque el autor escribe *Cusco* con "s".

ca de sus “artículos históricos” y de tradiciones más elaboradas que aparecerán en la Novena Serie.

Si para Abascal tenemos “El virrey de la adivinanza”, para Pezuela tendremos “Buena laya de fraile”. —Recordemos que el hijo de Pezuela, Conde de Cheste, llegó a ser Director de la Real Academia de la Lengua Española. El y Carbajal y Vargas fueron los únicos nacidos en nuestro país que ocuparon el cargo—. Surgen como recuerdos de su época el suplicio en plena Plaza de Armas de Lima de los conspiradores patriotas del Real Felipe: Alcázar, Gómez y Espejo; la noticia en Lima del triunfo de Maipú, después del descalabro de Cancharrayada; el asedio de la costa por la escuadra de Lord Cochrane, el desembarco de San Martín en Paracas; el paso del Batallón “Numancia” a las fuerzas patriotas de San Martín, con el consiguiente suicidio de su jefe el general O'Really, quien se arrojó al mar; las conversaciones de Septiembre en Punchauca entre emisarios de Pezuela y San Martín; y, por último, la traición del Mariscal La Serna, acusado primero de liberal y masón y convertido después por los generales realistas en Aznapuquio como Virrey del Perú. Antes de tal acción ya corrían pasquines como “nació David para Rey, // para sabio Salomón, // para soldado La Serna, // Pezuela para ladrón”. . . . Palma no mira con simpatía a La Serna, como sí mirara a Abascal, y así nos dirá: “En La Serna veo un virrey de cuño falso; un virrey carnavalesco y de motín. . . un virrey que, estirando la cuerda, alcanzó a habitar cinco meses en Palacio, como huésped y con las maletas siempre listas a cambiar de posada; un virrey que vivió luego a salto de mata, para caer como un pelele en Ayacucho”. . . . “un santo sin altar y sin devotos”.

Mientras que San Martín está acantonado en Huaura, mientras Arenales recorre en campaña patriótica desde Ica hasta Cerro de Pasco y de aquí hacia la costa, nuevamente, muchos señores de las ciudades comienzan a inclinarse al

lado patriota como el Marqués de Torrehermosa, dueño de Montalván, hacienda que fue entregada después por el Gobierno a Bernardo O'Higgins, como reconocimiento del Perú a la obra de la Expedición Libertadora. El de Torrehermosa fue despachado a España como insurgente y resulta el símbolo de un grupo de nobles criollos que pretendieron una independencia para mayor y absoluto poder de su círculo.

El espíritu popular de la revolución está en la montonera. En los grupos que en todo el país se forjan para una liberación. Vidal es un montonero típico. Ninavilca y otros que asedian Lima y obligan a La Serna a huir a la Sierra, lo son. Debemos leer "Los brujos de Shulcahuanga" de la Séptima Serie, para ver cómo germina el sentimiento libertario en los pequeños pueblos del Perú. Ricardo Palma comienza su tradición con un destello geográfico: "En la cadena que forma la cordillera que va de Otuzco a Huamachuco se ve un cerro elevado y de forma cónica, el cual desde los tiempos incásicos se conoce con el nombre de *Shulcahuanga*". Hacia fines de 1818 —según Palma— crece el rumor de que hay brujos en su cumbre. Y mientras tanto bajan desde ella —tal vez— proclamas y pasquines en manuscritos que recorren Huamachuco, Uzquil, Cajabamba, Otuzco, Chota. Se acompañan dibujos a los escritos groseros contra Fernando VII a quien se le ve de hñojos ante Tupac Amaru, según reza la tradición. Se habla en ellos de tiranía, se ataca las mitas y las "socaliñas parroquiales" y se incita claramente a la rebelión "Antes de hacerte difunto, // godo, regodo, archigodo, // te haremos bailar por junto // y atado codo con codo // el punto y el contrapunto"... Y este otra coplilla que tiene que ser del 19 y no del 18: "¡Al fin, al fin // va a llegarle a los godos // su San Martín"... Las proclamas no eran anónimas como las coplas; aparecían lanzadas por un apóstol de las nuevas ideas: "José Luz

de la Verdad, sellador del Real Tupac Amaru, a los pueblos del Perú". De pronto apareció en la cima del Shulcahuanga; "Yo soy José Luz de la Verdad... Esta tierra es nuestra, muy nuestra, de los peruanos... No toleraremos más tiempo amos que vienen de fuera a gobernar... ¡Abajo la tiranía! ¡Viva la libertad!..." Se produjo el asalto del cerro por las fuerzas del gobierno y murió José Luz de la Verdad, que era José Salinas, un peón de hacienda dedicado al servicio doméstico, que había sido antes "pongo" del cura de Chota. Pero detras de él, a decir de las murmuraciones de la época, estaba José Faustino Sánchez Carrión, tal vez si el máximo exponente de las ideas liberales y republicanas, entonces desterrado a su tierra natal, Huamachuco; y Luis José de Orbegoza, a la sazón hacendado en Choquizongo y más tarde lider y Presidente de la República. Tan importante fue la acción de Husmachuco, que San Martín y el Congreso de 1823 la declararon "cabeza de provincia" y "fiel ciudad" por la obra emancipadora. Hilvanándose con "Los brujos de Shulcahuanga" estaría "El médico inglés", otro predicador de la libertad por tierras de Cajatambo y Huailas, quien tomando la Biblia como elemento fundamental de sus oraciones patrióticas, comenzaba diciendo: *Yo soy Pablo o Yo soy Jeremías*. El apóstol de la democracia produjo tal conmoción que Pezuela mandó gente a perseguirlo. Se decía que era el mismísimo San Martín disfrazado, pero en verdad resultó ser un tal Pablo Jeremías, agente de O'Higgins. Dice José Francisco Mariátegui —en cita de Palma— "De orden de Monteagudo fue fusilado Jeremías, en la plazuela de Santa Ana, sin proceso... trataron de deshacerse de un hombre estimado como enérgico enemigo de los planes de la monarquía"... "Tal fue el fin del *médico inglés*, que no pocos dolores de cabeza diera al virrey del Perú", concluye la tradición de la Octava Serie.

El montonero aparece en la figura de *Inocente Gavi-*

lán, joven trujillano, criollo, mayordomo de hacienda, quien partidario de San Martín y perseguido por fuerzas de La Serna reúne un grupo de peones y se convierte en capitán de guerrilla. Se llamaba Inocente Zárate y sus subalternos lo bautizaron con "Gavilán". Conciliaba la acción armada con las chanzas y así, habiendo cogido un piquete de soldados les hizo rapar la patilla derecha y el mostacho izquierdo y los envió donde su jefe Monet. Palma dice haberlo conocido como dueño de una huertecita en el Cercado. Esta historia corre inserta también en la Octava Serie.

Dentro de las más hermosas tradiciones, por la prosa que despliega, por el sucesivo canturrear de pregoneros, por el ambiente local que se percibe, por el diálogo que la convierte en posible pieza dramática, está "Con días y ollas venceremos". Se hallan en ella los elementos clásicos de a tradición palmista; hecho histórico que sirve de pie, capítulo preliminar donde surge la atmósfera del relato y el escenario del acontecimiento; una serie de dichos tradicionales y de cantares que adornan el proceso narrativo, con hálito popular y luego, el cuento mismo. En éste se verá a los patriotas representados por Luna Pizarro—quien aparece de niño en Arequipa en la estampa titulada: "Al rincón. ¡Quita calzón!"— que conspiran en la ciudad de Lima. Son ellos los que significan el espíritu peruano de la independencia y que se comunican con San Martín, preparando el ingreso de éste a Lima. Los que sirven para la conexión son un ollero que pasa pregonando su mercancía y el negro sirviente de Luna Pizarro, que le cambia cada día la olla, por "defectuosa". Hay un aprovechamiento intelectual y sentimental de lo que llamaríamos la hora de la independencia, dentro de una efectiva obra de arte que aprovecha generosamente lo que hay que considerar como el plano anecdótico. El final escueto nos lleva al día mismo de la Declaración de la Independencia: "y merced a

las ollas que llevaban en el vientre ideas, más formidables siempre que los cañones modernos, el éxito fue tan espléndido, que el 28 de Julio se juraba en Lima la Independencia y se declaraba la autonomía del Perú. Junín y Ayacucho fueron el corolario” —termina Palma.

“Con días y ollas venceremos”, escrito entre las tradiciones de la Segunda Serie, donde se hallan fundamentales como “El virrey hereje y el campanero bellaco” o “Una vida por una honra”; o “Cortar el revesino”, o las ya vistas en este repaso por la rebeldía y la independencia, tales como “El resucitado”, “El corregidor de Tinta”, “La gatita de Mari-Ramos”, “El Virrey de la adivinanza”, etc. está el centro del proceso que venimos siguiendo: al final estará otra narración de esta época, —la fundamental de la Segunda Serie— también basada en un santo y seña: “Pan, queso y raspadura”, que nos ofrece la Batalla de Ayacucho. El primer santo y seña es de San Martín al leer un mensaje que le envía desde Lima Luna Pizarro; el segundo es de Sucre y saldrá de la frugal comida de la víspera de la batalla, como veremos. La substancia del lenguaje responde en ambos casos a la trascendencia de los dos actos decisivos: la Declaración de Independencia y la efectiva liberación con la acción de Ayacucho.

Pero debemos seguir a Palma en este juego de saltar hacia adelante y hacia atrás, ya que él escribió sus tradiciones sin ilación histórica y hay que tomar y retomar en su punto histórico el desarrollo que nos hemos propuesto. Por ejemplo, al citar a Luna Pizarro pensamos nuevamente en los próceres peruanos que trabajaron por la idea y realización emancipadora —mayormente política— en toda la América Hispana. Ya hemos visto que Palma se refirió a los intelectuales de San Carlos y San Marcos, y se encontró —en años avanzados de su vida— con datos sobre la personalidad de Talamantes. Por el mismo tiempo de su vejez, escribió “El primer Gran Mariscal” referente

a Luzuriaga en su múltiple papel de héroe en Uruguay, Argentina, Alto Perú, Chile, Guayaquil, y el propio Perú. Palma no se refiere en cambio a Alvarez Thomas, el Director de la Provincia de la Plata, nacido en Arequipa y propulsor de la Expedición de San Martín a Chile; ni a Escobedo, el primer Jefe militar del Guayaquil independiente; ni al limeño Juan de Egaña, el creador de la República de Chile desde el punto de vista constitucional; ni a tantos otros que fueron adalides de la causa independentista. Cuando habla de Sánchez Carrión, lo vemos comunicado en Huamachuco con los "Brujos de Shulcahuanga", o en la casa que en la calle de San Marcelo tenía Rosa Campusano, la amiga del protector San Martín, en la tradición que a ella dedica como "La Protectora"; pero no en la vasta obra que cumpliera aquél desde San Carlos, como se aprecia en la biografía del liberal Larriva y que podía haberle servido para una extraordinaria tradición con la apasionante vida del líder huamachuquino. Hombre típico de la clase media peruana, entregado por completo a la libertad y la república en jornadas intelectuales y de armas y de administración de justicia y de forjación del país, hasta su muerte por la rotura de un aneurisma en el hígado, en su retiro de Lurín, cuando era el llamado a conducir nuestra república en sus primeros años.

La personalidad severa de San Martín surge en una pequeña tradición "Pico con pico, y ala con ala", escrita ya para la Octava Serie, donde se le verá cortando parcamente la intromisión de su cuñado en el quehacer gubernativo. Desde ese día el cuñado "no volvió a *gerundiar* a San Martín", dirá Palma. También aparece —en la Novena Serie— en su firmeza, aunque con burlona travesura, cuando Palma nos lo presenta convirtiendo al P. Zapata de Chancay en "P. Pata", vengando así, por resolución, sin ir a mayores y en reciprocidad, la actitud de aquel sacerdote que decía en sus sermones que San Martín no podía

ser sino solamente Martín, como Lutero. Pero la tradición central en torno a San Martín es indudablemente la “del Himno Nacional” aparecida en la Séptima Serie. El detalle que centraliza nuestra visión es aquel emocionado ponerse en pie del Protector en el instante en que se terminaba la 6ª ejecución del concurso, la música del maestro Alcedo, y exclamar: “—He aquí el himno nacional del Perú”... Después sería estrenado éste la noche del 24 de Septiembre de 1821 y lo cantaría por primera vez Rosa Merino, en el Teatro Principal. (Guillermo Ugarte Chamorro en documentado artículo sostiene la fecha del 29 de Septiembre, como el día en que se cantó por primera vez el Himno Nacional.)

Las dos estampas son fundamentales: San Martín mostrando en un rápido ponerse en pie su entusiasmo; y la famosa cantante, dejando escuchar desde el escenario el “Somos libres”...

Jugando, jugando siempre con las palabras, tendríamos los “Veinte mil godos del Obispo”, que eran en realidad veinte mil pesos, llamados “godos” por ser de la época vi-reynal, que se llevaba Monseñor Sánchez Rangel y que se le perdieron entre Tarapoto y Yurimaguas cuando se volcó la embarcación en la que viajaba. Los pescadores que se los encontraron los gastaron rápidamente como “buenos patriotas”, “haciendo de ellos *chichirimico* y no guardando uno siquiera, de prisionero”.

Jugando, jugando siempre con las personas, pasa de “La Protectora”, Rosa Campusano, a “La Libertadora”, Manuelita Sáenz, nostálgica y ascética como la encontrara Palma entre las casas del Puerto de Paíta; y, en medio de ellas, María Abascal, esa pícara amante de Monteagudo que al parecer fue causante de su muerte, pues aquél fue asesinado al regresar a Lima cuando la Abascal tenía otro amante. San Martín entrega una condecoración de la Orden del Sol a su “amiga”; Bolívar instala la suya en la

Quinta de la Magdalena. Y entramos en la vida particular de los grandes hombres, pero también de las grandes de la época, con sus gustos y lecturas, con solo pequeños champones de color entre las páginas de las *Tradiciones Peruanas*. A “La Protectora” la pinta con vestimenta a la moda femenina en el centro de un hogar limeño, leyendo a “Abelardo y Eloísa”; mientras Manuelita Sáenz se nos brinda cabalgando “a manera de hombre” vistiendo “dolman rojo, con brademburgo de oro y pantalón bombacho de cotonía blanca”... mientras por su mente pasaban las estrofas de Quintana, de Olmedo, de Cienfuegos...

Entre San Martín y Bolívar debemos tener un paréntesis, que la historia misma reclama: Congreso Constituyente, campañas a intermedios, desastres patriotas, rivalidades de Riva Agüero y Torre Tagle. Podremos colocar la historia del Padre Terreros, por ejemplo, un mestizo nacido en un pueblecito de la actual provincia de Jauja, quien indignado ante la actitud de Carratalá, de Barandalla, quien fusilara al P. Cerdá en el pueblo de Reyes —en Junín—, y de otros jefes realistas, se levanta en Chupaca con un grupo de indios. “Yo jamás hubiera tomado el sable, si no hubiera visto los santuarios servir de pesebreras de caballos... Dejad solos a los contumaces en su desgraciada obstinación”. Y firmaba el coronel Fray Bruno Terreros. Es un nuevo jefe guerrillero, como Gavlán, Vidal, Guavique, Ninavilca, “Agustín, el largo” y “Cholo fuerte”. Las acciones de Terreros lo hicieron famoso. Consolidado el Perú independiente pidió volver a tener el hábito de San Francisco y, luego, pasó a ser cura del pueblo de Mito, donde naciera. También podríamos colocar aquí la estampa de Miller, huyendo de Arequipa ante el dominio de los realistas y recibiendo en una calle las “aguas servidas” que le arrojan tres muchachas no agraciadas, a quienes lanzará aquella madición; “Permita Dios que siempre duerman solas”... Hermoso en su sen-

cillez es el cuento “A muerto me huele el godo”, con cierto encanto de realismo mágico. Es nada menos que sobre aquel cruelismo Barandalla que moriría al año de la profecía, poco antes de la batalla de Ayacucho. Entre “Los jamones de la Madre de Dios”, con la dudosa victoria de Santa Cruz en Zepita y “Una frase salvadora”, con la acción desesperada de Lavalle para salvar el reducido grupo de hombres que habían combatido a sus órdenes en Torata y Moquegua, tenemos el ambiente indeciso para la causa patriota, que es como un grueso nubarrón realista, cuya figura más importante será Valdez, quien merece con su carácter varios párrafos del propio Palma, en “Un General de Antaño”. “El Coronel Fray Bruno” está entre las tradiciones de la vejez de Palma. “La maldición de Miller”, ejemplar cuadro plástico, corresponde a la Octava Serie, de la “Despedida”. “A muerte me huele el godo” estará entre las de la Sexta; y “Una frase salvadora” en la Cuarta. En cuanto a las “historias” de Valdez están relatadas en la Octava Serie.

Con criterio político analiza Palma la intervención interesada de Inglaterra en la causa de la Independencia de los Pueblos Americanos, en dos de sus tradiciones: “Garantido todo lino”, con la intromisión de mercadería inglesa, telas y té, principalmente, que los franceses imitan en competencia comercial; y “El cónsul inglés”. “Mister Rowcroft frisaba en los cincuenta años, y era el perfecto tipo del *gentleman* —nos contará el tradicionista— Acompañábalo su hija, miss Ellen, una de esas *willis* vaporosas y de ideal belleza, que tanto cautivan al viajero, en un palco de *Convent Garden* o en las avenidas de Regent’s Park”. Rodil lo haría matar. Y a propósito de Rodil la historia de su tozuda defensa del Castillo del Real Felipe está vivamente expuesta en “Una moza de rompe y raja”, con el personaje de la *Lunareja*, que ha servido, como otras, para la dramatización y aun para guión cinemato-

gráfico. Esta última está en la Cuarta Serie, lo mismo que la anterior del Cónsul inglés; en tanto que "Garantido todo lino" pertenece a la Octava.

Cuando suena el "Clarín de Canterac" estamos en la Pampa de Junín. Con dos brochazos se pasa de la derrota a la victoria de los patriotas, con la figura central de Necochea y de los "Húsares del Perú", rebautizados con el nombre de "Húsares de Junín". En cuanto al hombre del clarín, —un realista— terminó de sacerdote en vez de ser fusilado, cuando fuera hecho prisionero al final de ese rápido combate de arma blanca que cantara Olmedo en su tan repetida Oda onomatopéyica. Al fondo del cuadro ya está Bolívar.

A pesar de que Palma no guarda por Bolívar la profunda simpatía que le despiertan San Martín y otras figuras, la admiración por el héroe cede a cada paso a cualquier resistencia. Esta era debida a la posición liberal de Palma que, al igual que en otros países bolivarianos, se enfrentó a lo que se consideraba el cesarismo del Libertador. En el Perú, los liberales estuvieron unidos a los conservadores centralistas limeños que vieron en Bolívar al destruidor de la corriente monárquica y de los intereses locales; así como podemos decir que los "señores" de provincias, los conservadores del Sur, por ejemplo, que tenían una abierta posición republicana y federalista, se tornaron mucho más empecinadamente bolivarianos que los hombres del centro. Habría que leer los dos artículos de Luis Ulloa comentando la *Historia del Perú Independiente* de Nemesio Vargas, donde se afirma que en el Perú no hubo aversión a Bolívar, sino por el contrario popularidad en las clases que comúnmente se llama bajas, y oposición solo en los retrógrados y en los caudillos a quienes hacía sombra la figura del Libertador. La sentencia contra Berindoaga —motivo de ataque de muchos— fue firmada por Unanue. La formación de Bolivia era ajena entonces al Perú, pues pertenecía

la región del Alto Perú al Virreynato de Buenos Aires; y más bien, cuando se busca la Confederación —10 años después— el grupo centralista se opone a ella en nombre de un nacionalismo curioso, frente a un Santa Cruz, héroe y mariscal peruano. La Constitución Vitalicia de Bolívar fue un medio de establecer un orden frente a la anarquía que se desbordaba y que se desbordó. Todo esto se desprende de la crítica analizadora de la política peruana de Luis Ulloa en los artículos publicados en *Ilustración Peruana* de 1912.

Y volvemos a Palma. “La justicia de Bolívar” de la Cuarta Serie, nos lo presenta en Ancash, en la ciudad de Carás, de tono blanco contra los nevados de la cordillera. Y al final la “goda” señora de Munar, a quien Bolívar reconoció el derecho de salvaguardar su honra exclamará: “¡Viva el Libertador! ¡Viva la Patria!”... Todo ese momento de recuperación patriota de la que es símbolo el grito anterior se exhibe en el “Origen de una industria”, con la captación para el Perú del sector de Maynas, desde Moyobamba; hasta culminar en la batalla de Junín, cuyo episodio está vinculado a un “clarín”, como en el poema de Olmedo: “Y el clarín de victoria // que en ecos mil discurre ensordecido // el hondo valle y la enriscada cumbre // proclaman a Bolívar en la tierra // árbitro de la paz y de la guerra”... Hay dos tradiciones significativas sobre Bolívar: “Bolívar y el Cronista Calancha”, también de la Cuarta Serie, donde lo vemos en ese trance de su personalidad cuando saca luces de los textos literarios o históricos aún para remover a un funcionario; y “La última frase de Bolívar” —escrita ya en la plácida senectud de Palma— con el final en Santa Marta del Libertador, quien susurra murmurante: “Acérquese usted doctor... se lo diré al oído... Los tres grandes majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo”.

El sentimiento de admiración por Bolívar no se em-

pequeñece por aquel afán de mostrarlo mujeriego o enamorado; ya en “La vieja de Bolívar”, con la Manolita Madroño, a quien conoció el tradicionista de oídas. Vivía por 1898 en Huaylas. En 1824 también cuando por allí pasó el Libertador... “Cómo está la *vieja* de Bolívar? —le preguntaba la gente. Y ella respondía con picardía: “como cuando era *moza*”... Palma lo cuenta entre sus últimas tradiciones. Y a renglón seguido vendrá el consabido cuento de “Las tres etcéteras de Bolívar”, que tiene tanto sabor de narración siglo XIX con mezcla de antigua leyenda del XVII, a lo Rodríguez Freile, el de “*El Carnero*”, de Santa Fé de Bogotá. Sólo que en Palma es entusiasmo por el qué del término, por la sutileza del lenguaje. Ese sentimiento amoroso que despertaba Bolívar o que él se encargaba de despertar, se ratifica en aquella carta de Manuelita Sáenz, que Palma convierte en otra tradición y concatenada con las dos anteriores: “La carta de la *Libertadora*”, donde también asoman los dos bandos opuestos a Bolívar, los que rezan “nos diste a Bolívar // gloria a tí, gran Dios”... y los que cantan la copla liberal de 1827: “Bolívar fundió a los godos // y desde ese infausto día // por un tirano que había // se hicieron tiranos todos”... En la “carta” a su esposo, Manuelita Sáenz dirá: “¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de Bolívar, y con la seguridad de poseer su corazón, preferiría ser la mujer de otro; ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, o sea la Santísima Trinidad?”... “a mí, miserable mortal, que me rio de mi misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, no me cuadra vivir sobre la tierra condenada a Inglaterra perpetua”...

Pasando todo aquello que es lo episódico —aunque sabroso— queda como la tradición bolivariana por excelencia: “Pan, Queso y Raspadura”, con la presencia de Sucre y Córdoba, por sobre todas las otras figuras. Estará allí también la entrevista de La Mar y Sucre, la víspera de

la batalla; el paso de las fuerzas del general Trinidad Morán en Corpahuaico; la proclama del General Lara —famoso por sus palabrotas—: “zambos del... ajo”, etc. y toda la Batalla misma, con su grandeza, nacida de un santo y seña que es una naturaleza muerta o una oda elemental: Pan, queso y raspadura de chancaca. “Conténtense con mis pobreza —diría Sucre a sus oficiales— que para festines tiempo queda si Dios nos da mañana la victoria y una bala no nos corta el resuello”... Al día siguiente “a la caída del sol, Canterac firmaba la capitulación de Ayacucho” —señala Palma, quien inserta, a continuación, la carta que desde allí enviara el mismo general español a Bolívar, felicitándolo por “haber terminado su empresa Bolívar, felicitándolo por “haber terminado su empresa en el Perú, con la jornada de Ayacucho”.

La extensión del nombre de Bolívar a la libertad de todo el mundo hispanoamericano se vislumbra a través de la carta que le remite el Dictador Francia del Paraguay en una tradición de poco carácter titulada: “Entre libertador y dictador”. Y concluiremos este zurcir de narraciones con aquel cuento de “La fiesta de San Simón Garabatillo”: escrito en 1871 y que aparece en la Primera Serie de las Tradiciones Peruanas...

En el pueblo de Lampa, del Departamento de Puno, no había más persona que recordara al Libertador que el maestro de escuela. De suyo bonachón, un buen día dió soberana paliza a sus discípulos. Asombrados éstos, al día siguiente, porque el maestro había vuelto a ser el de antes, se preguntaban la causa de su mudanza. Y él explicó que el 28 de Octubre —la víspera— era Día de San Simón Garabatillo, el santo del Libertador, y que quería que se acordaran toda su vida de esa fecha singular. Esto, a punta no de látigo sino de palabra, sirva de colofón para “refrescar la memoria”. Decía Palma: “Ahora a estudiar la lección y ¡viva la Patria!”...

